

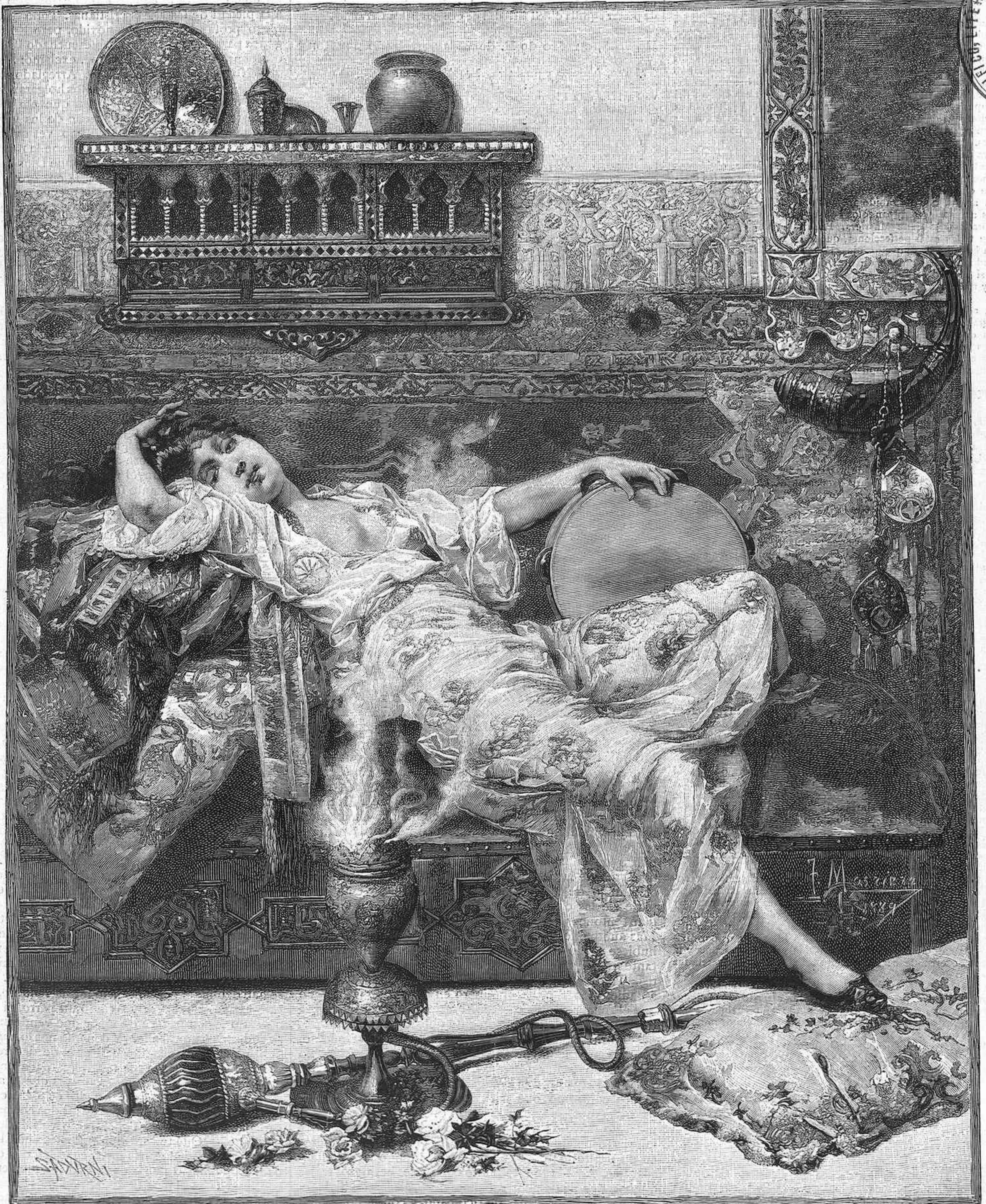
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII

→ BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1889 ←

NÚM. 392

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ODALISCA, cuadro de F. Masriera, adquirido por S. M. el Rey de Portugal

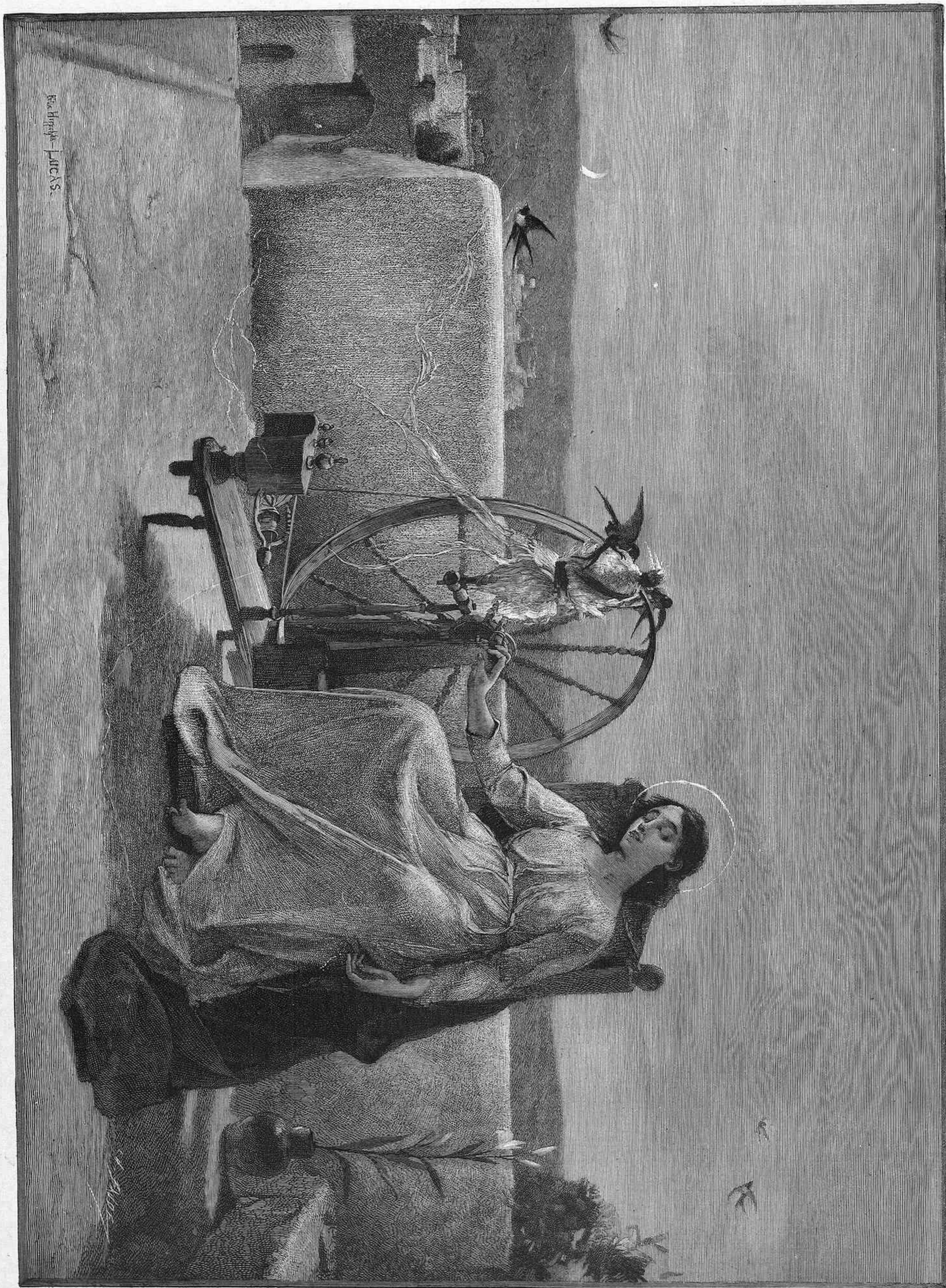


¡EH DE LA BARCA! cuadro de R. Knight, reproducido directamente del original

cuerto del buen Jesús que ha dicho que los miserables son los escogidos de su corazón. Tomadlo como propiedad vuestra, y dad gracias á Dios que se ha servido de mí para ofrecérselo. — El anciano llenó de bendiciones al caballero; tomó el caballo, montó en él con ayuda del joven, y desapareció por la pradera. Frasio no pudo contenerse ante este último rasgo de desprendimiento de su hermano, y lleno de cólera le apostrofó en estos términos: — Pero ¿has perdido el juicio? No puede ser otra cosa, ¡Adán más que Adán! ¿Que has creído que ahora voy yo á dividir contigo mi cabalgadura, mi capa y mi dinero? No por cierto: quiero que la lección te aproveche; quiero que conozcas á tus costas los efectos de tu desatinada prodigalidad, á ver si en lo sucesivo eres más económico. — No, hermano mío, no, jamás he pensado en tal cosa. No pretendo tener parte alguna ni en tu dinero ni en tu capa ni en tu caballo; disfrútalo tú solo todo, sigue tu camino, y que la Virgen te acompañe y te guarde de mal. — Frasio nada contestó, y partió al trote de su cabalgadura, en tanto que Tono siguió á pie su viaje, contemplando con mirada serena y sin ningún resentimiento de su corazón cómo su hermano se alejaba. De esta manera llegaron hasta la entrada de una estrecha garganta cerrada á uno y otro lado por altísimas montañas cuyas cimas se perdían en las nubes. Llamábase aquel paso el *Puerto maldito*, en razón á que en las sobredichas alturas habitaba un *ogro* que desde allí acechaba el paso de los viajeros, como acecha el cazador el paso de la pieza. Era el *ogro* un gigante ciego y sin pies, pero con un oído tan sumamente fino, que distinguía el ruido de la araña cuando teje la tela en su agujero. Tenía por sirvientes dos águilas amaestradas, á las cuales enviaba á coger la presa en cuanto el más leve ruido le anunciaba la presencia de algún mortal en aquellos vericuetos. Por esto los naturales del país atravesaban el *Puerto maldito*, siempre con los zapatos en la mano, como cuentan que hacía *Gerinaldos*, y sin osar apenas respirar, temerosos de ser oídos por el *ogro*. Frasio, que no estaba en antecedentes, entró en la garganta sin ningún cuidado, y al estrépito que en aquellas soledades producía el choque de las herraduras de su caballo contra las piedras, el gigante se despertó. — ¡Ah de mis lebreles! — exclamó. El águila negra y el águila roja acudieron inmediatamente lanzando un ligero y respetuoso grito que parecía querer decir: — Presentes! — Ved quién pasa y tráedmele para cenar esta noche. ¡Au! — Las dos águilas salieron disparadas por los aires como dos balas de arcabuz, cayeron con la rapidez del rayo sobre el des-cuidado viajero, clavaron sus aceradas garras en la hermosa capa de paño, y lo arrebataron raudas y alborozadas

dando gritos de victoria. En aquel momento llegaba Tono á una alturita desde donde se distinguía la entrada del *Puerto maldito*. Conoció á Frasio, presenció su rapto, lanzó una exclamación de terror, y tendió los brazos como para rescatarle. Pero las águilas habían ya desaparecido entre las nubes. Después de un instante de vacilación, Tono consternado y abatido cayó de rodillas, pero de súbito como asaltado por una repentina inspiración, alzó las manos al cielo y lleno de religioso fervor exclamó: — Señor Todopoderoso, que has criado el cielo y la tierra! salva á mi hermano. — No incomodes á Dios padre por tan poca cosa, — dijeron tres voces que parecían inmediatas á Tono. Este se volvió asombrado, y mirando á todos lados sin ver á nadie, preguntó: — ¿Quién ha hablado? ¿quién sois? ¿dónde estáis? — En el bolsillo de tu ropilla, — contestaron las tres voces. El joven metió en seguida su mano en el bolsillo y sacó de él la bellota, la nuez y la jaulita, que encerraban los tres insectos más arriba mencionados. — ¿Sois vosotros los que pretendéis salvar á Frasio? — les interrogó Tono. — ¡Nosotros, nosotros, nosotros! — contestaron con sus tres voces diferentes los tres insectos. — ¿Y cómo os lo habéis de arreglar, infelices? — replicó Tono. — Danos la libertad y verás nuestra maña. — El joven hizo lo que sus prisioneros le habían pedido y en cuanto estos se vieron libres comenzaron su trabajo de esta manera. La araña se colocó sobre un árbol y comenzó á tejer una tela sólida y brillante como el acero: luego montando sobre la *marigueta* siguió extendiendo los hilos que se desarrollaban en forma de escala colgante, por la cual iba subiendo Tono á medida que se alargaba hasta llegar por ella á la cumbre de la montaña. Una vez allí entró en funciones la avispa que revoloteando delante de su joven amo le condujo á la misma guarida del gigante. Era esta una gruta labrada en el interior de la roca, y tan alta y espaciosa como una catedral. En el centro de ella y sentado en el suelo, se hallaba el *ogro* sin ojos y sin piernas, el cual al compás de su cuerpo que se balanceaba como una palmera, entonaba una monótona canción. Al mismo tiempo que cantaba, el gigante estaba arreglando grandes lonchas de tocino que preparaba cuidadosamente para mechar al pobre Frasio. Este yacía sin sentido sobre el pavimento, boca abajo, y con los pies y las manos convenientemente atados sobre la espalda, como un pollo arreglado para el horno. Un poco más allá y junto á la chimenea, se hallaban las dos águilas igualmente ocupadas que su amo. La una atizaba el fuego. La otra estaba armando el asador. El ruido que hacía el *ogro* con su cántico y la atención que ponía en cortar el tocino, le impidieron oír el rumor de la aproximación de Tono y de sus tres compañeros. El águila roja fué la primera que

los distinguió é inmediatamente se arrojó sobre el joven viajero. Ya estaba á punto de clavar en él sus fuertes uñas cuando la avispa adelantándose, clavó su aguijón de diamante en los ojos del animal. Igual suerte sufrió el águila negra que acudió en defensa de su compañera. Al grito de dolor lanzado por las dos aves tan cruelmente castigadas, se incorporó el gigante que alargando el cuello é inclinando la cabeza hacia el lado de donde había salido el doble quejido, trataba de adivinar lo que ocurría, conservando todavía el cuchillo en una mano y un trozo de tocino en la otra. Pero la avispa sin perder un solo momento se lanzó sobre él y comenzó á inferirle picaduras sin cesar un punto. El gigante que no se podía defender de aquel enemigo diminuto y ligero, en vano removía con furia sus enormes brazos que semejaban las aspas de un molino de viento; como no tenía ojos no la podía atrapar, como no tenía pies le era imposible menearse del sitio. En el colmo de la desesperación se dejó caer boca abajo, creyendo que de este modo se libraría de las picaduras de aquel aguijón de fuego, pero entonces le tocó su vez á la araña que acudiendo apresurada tejió una tupida y fuerte tela de acero sobre el cuerpo del gigante, que ya no se pudo mover en ningún sentido. En vano era llamar en su auxilio á sus dos fieles águilas; éstas volviéndose crueles como todos los esclavos cobardes, en el mismo instante en que vieron á su tirano vencido y anonadado, libres del temor que hasta entonces las inspirara, se arrojaron con furia sobre él y comenzaron á desgarrar sus carnes á picotazos, á través de la telaraña de acero, arrancando un jirón de carne á cada picotazo. De este modo, y despreciando los dolorosos gritos del gigante, que rugía como un león preso en el lazo, se lo fueron comiendo poco á poco hasta dejar al descubierto la osamenta. Entonces, ahitas ya, se acurrucaron entre el enorme esqueleto, y como la carne del *ogro* tiene la cualidad de no poderse digerir, las dos águilas reventaron al poco rato, sin haberse vuelto á levantar. Mientras todo esto sucedía, Tono había desatado las ligaduras que sujetaban á su desgraciado hermano, y abrazándole llenos de lágrimas los ojos, por la alegría de verle sano y salvo, le sacó de la cueva del *ogro* y le condujo al borde de la roca. Casi al mismo instante, la *marigueta* y la avispa se presentaron enganchadas á la jaulita del junco que se había transformado en una magnífica y espléndida carroza, en la cual, debidamente invitados por los dos insectos, subieron y se instalaron Tono y su hermano. Inmediatamente y á guisa de lacayo de casa grande, la araña se colocó en la trasera, y á una señal que hizo con una de sus patas, el tren partió con la velocidad del rayo. De esta manera cómoda y descansada y sin tropiezos



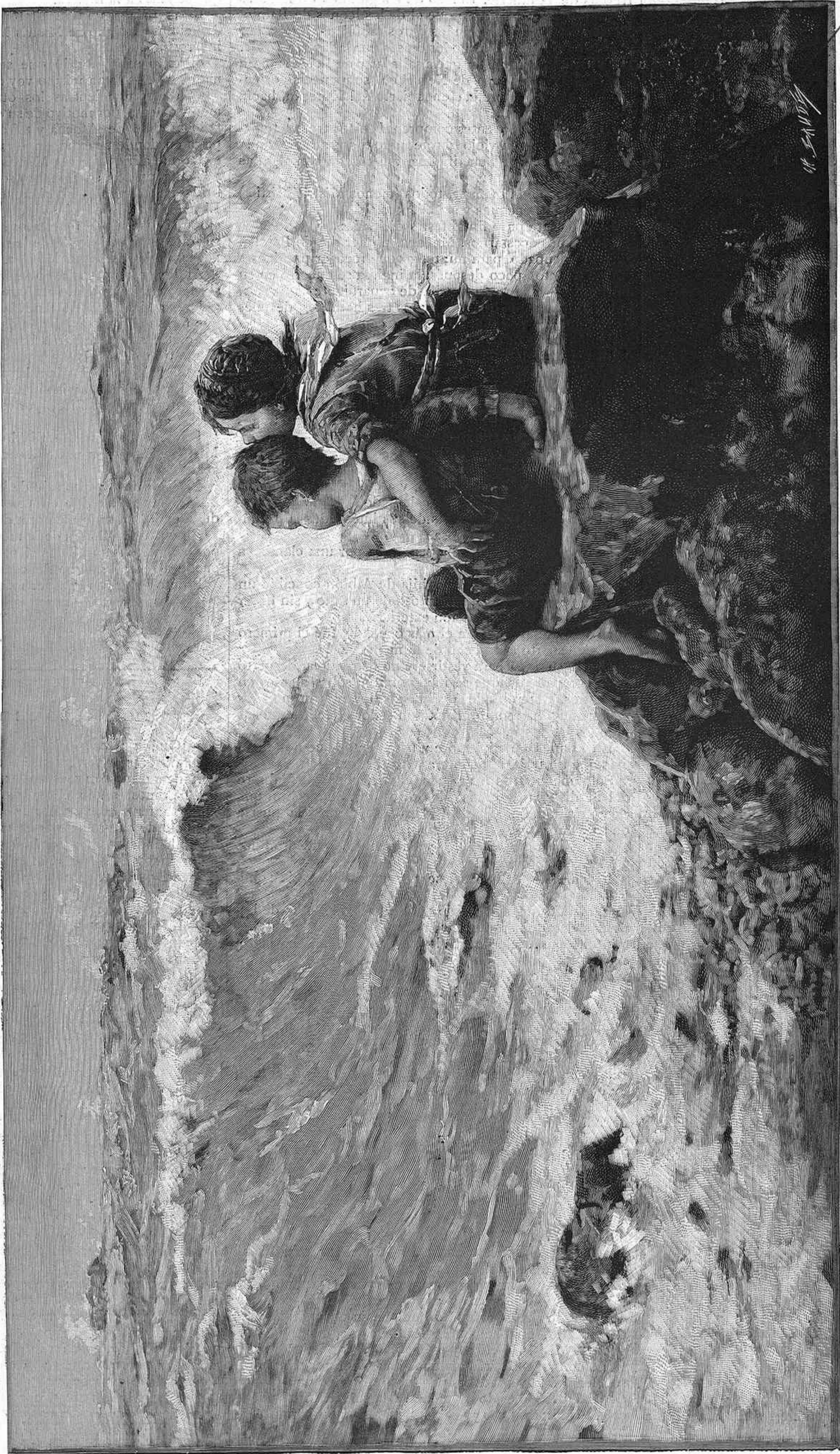
Por Hipólito Lucas.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889

HILOS DE LA VIRGEN cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude

1889

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889



LA OLA, cuadro de Mme. Demont-Bretón, grabado por Baude



ESTUDIO, de Federico Hiddemann

ni vaivenes (pues las carreteras del aire se hallan siempre en buen estado) atravesaron Frasio y Tono los prados, los bosques, los ríos, las montañas y los pueblos, hasta llegar frente al castillo de su tío. Al llegar allí la carroza, bajó a tierra y continuó su camino rodando hacia el puente levadizo, en donde los viajeros pudieron ver sus dos caballos que les estaban esperando; y en el arzón de uno de ellos, el de Tono, distinguieron con creciente asombro colgadas la bolsa y la capa de éste. Pero la bolsa parecía más grande y más rellena, y la capa se hallaba toda ella cuajada de bordados hechos con diamantes. El joven, maravillado, quiso preguntar a la araña-lacayo qué significaba aquello, pero al volverse observó que la carroza había desaparecido y que en lugar de la *marigueta*, de la avispa y de la araña, se veían tres ángeles resplandecientes de luz y de hermosura. Los dos hermanos aterrados, cayeron de rodillas, y entonces, uno de los ángeles más hermoso y mejor ataviado se adelantó hacia Tono, y le dijo estas palabras: — No temas nada, corazón generoso y noble; pues la mujer, el niño y el anciano á quienes has socorrido, no eran otros que la Virgen María, el Niño Jesús y San José. Ellos nos dieron orden para que te acompañásemos, y pudieses hacer tu viaje sin peligro; ahora que ya has llegado á su término, ha concluído nuestra misión, y nos volvemos al paraíso. Pero acuérdate de lo que ha sucedido, y que te sirva de ejemplo. — Dicho esto, los tres ángeles abrieron sus alas, y se elevaron por los aires como tres palomas blancas, repitiendo el *hosanna* que se canta en las iglesias.

CARLOS QUEVEDO

MIRTILA Y SUS TRES ENAMORADOS

(Conclusión)

La cena fué alegre y bastante rociada, porque el Tío Rata había añadido al contingente de vinos una botella más.

Al llegar al cascajo, y satisfechos ya los estómagos, comenzaron las disertaciones chispeantes. Alegría cantaba coplas atrevidas.

El Pérdis recitaba versos de su abuelo el primo de Meléndez Valdés, y queriendo hablar de astronomía (que era su fuerte) llamaba alfalfa á la estrella Alfa.

En cuanto al Tío Rata, oía embebecido á Mistris Mirtila, porque ésta que tenía no el estómago pero sí el gaz-

nate agradecido, queriendo halagar al alcantarillero, que representaba allí la potencia del dinero, hizo una minuciosa y erudita disertación de los albañales antiguos y modernos, diciendo después: — Las sentinas y albañales representaban un gran papel en la edad media, en el bajo imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benares no era menos vertiginoso que el de los leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive como los dioses por la laguna Stigia. Del albañal de Munster hacía salir Juan de Leide su falsa luna, y del pozo-cloaca de Negscheb, su menecmo oriental, Mokanná, el profeta encubierto del Korasán, hacía salir su famoso sol.

Ninguno de los oyentes comprendía estos trozos, tomados quizá de algún viejo librote, pero todos admiraban la elocuencia de la dama inglesa, amenizada con algunos sorbos de aguardiente.

A las dos de la mañana, todos (menos Mistris Mirtila) estaban algo peneques y soñolientos.

El Tío Rata puso fin al festín diciendo:

«Debemos acostarnos. Mañana, primer día de Pascua, es muy ocupado para mí: tengo que recoger propinas.»

Con efecto, poco después, la inglesa se encerró en su chiribitil, llevándose la botella de aguardiente casi vacía, único líquido que quedaba, y los tres hombres, después de desnudarse, se tendieron en sus camastros.

¡Quién había de decirles que aquella noche tan buena, debía ser tan fatal!

V

Mistris Mirtila no dormía. Tenía al lado de su cama un cabo de vela encendido, y vaciaba en frecuentes tragos los restos de la botella de aguardiente.

Tendida sobre su jergón lleno de correderas, y vestida, se retorció en él como una culebra.

El aguardiente tocó á su fin, y á la inglesa, que era el genio de la chispa, habíasela calentado la boca.

El alcohol y los ronquidos de sus huéspedes la producían una excitación nerviosa.

La vaga claridad del día penetraba por una claraboya practicada cerca del techo.

De repente la desvelada hija de Albión concibió un proyecto digno de ella. Levantóse de un salto y sin hacer ruido, y salió á la habitación exterior...

El Tío Rata, que era el más ocupado, fué el primero que se despertó á las ocho de la mañana.

Buscó su ropa para vestirse y no hallándola, despertó á sus compañeros, que se incorporaron sobresaltados en sus catres. Enteróles de la pérdida, se levantaron en paños menores y ¡oh, asombro! notaron todos el eclipse de sus prendas de vestir.

En el mes de diciembre y para gentes que no tenían más que un traje, aquello era perturbador.

Sólo encontraron los respectivos calzados, el sombrero del Pérdis y las gorras de los otros dos. Supusieron una excentricidad de Mistris Mirtila, y llamaron á la puerta de su cuarto, que estaba cerrada.

La inglesa no contestó, y en vano menudearon los golpes estrepitosamente.

El Tío Rata estaba furioso, porque ya faltaba á su obligación.

Creyendo que su amable patrona no respondía de borracha, determinaron echar la puerta abajo. Además sentían un vago recelo de que hubiera podido suceder algún accidente.

La puerta era vieja y endeble. Los tres hombres adunaron sus esfuerzos y pronto consiguieron hacer saltar la cerradura.

Penetraron en el chiribitil... estaba vacío; sólo vieron algunas cucarachas sobresaltadas por el ruido.

La botella vacía estaba tirada en el suelo. El cabo de vela consumido había dejado una gran mancha en uno de los ladrillos.

Registraron los rincones de aquel tugurio por ver si encontraban sus ropas perdidas, pero sólo hallaron colecciones de trapos pertenecientes á Mistris Mirtila.

¿Qué hacer en tal conflicto? ¿Cómo proporcionarse traje para salir á la calle?

Quizá á alguno de ellos ocurriósele la frase de: ¡oh, amor! ¡cómo me has puesto!

El Tío Rata era el más azorado, porque tenía que acudir á la lista matinal de los empleados en el alcantarillado. Ocurriósele una idea, se asomó al corredor y llamó á un chicuelo de la vecindad, por medio del cual mandó un recado urgente á un primo suyo mozo del Hospital General, pidiéndole una chaqueta y un pantalón.

En tanto que el chiquillo cumplía su encargo, los tres enamorados en paños menores, hacían comentarios respecto á Mistris Mirtila. ¿Qué había sido aquello?

Yo creo que Alegría, aunque el más ignorante de todos, se acercó á la verdad cuando dijo: «Lo que yo supongo que ha pasado es lo siguiente: á la señora Mirtila se le calentó la boca, pues ya saben ustedes que tratándose de beber es insaciable. Como no había ya de qué, y como no hallara dinero en nuestros bolsillos, ocurriósele vender nuestras ropas, que ahora estarán probablemente en alguna trapería del Rastro. Esto es lo que ha pasado, y á estas fechas la buena señora tendrá una curda de primera clase.»

Mientras hacían estos y otros comentarios y suposiciones, volvió el muchacho acompañado del primo del Tío Rata, que traía las prendas perdidas. Este se las vistió y

entretanto dijo su primo, que conocía á Mistris Mirtila: — ¿Dónde anda tu patrona?

— No lo sé. En los infiernos acaso, — contestó el Tío Rata con desabrimiento.

— Lo digo al tanto de que al pasar por el Colegio de San Carlos para venir aquí he visto por la reja una mujer tendida en la tarima donde ponen los *cadáveres*, y aunque no me he enterado bien, por venir de prisa, se me figura que se *paeca* á la inglesa.

Estas palabras sobresaltaron á los tres enamorados. Aquel fin era digno de Mistris Mirtila y por lo tanto nada inverosímil.

«Pronto sabremos lo que sea, — dijo el Tío Rata al marcharse. — Ahora mismo voy á enterarme.»

Con efecto, mientras los otros se quedaban forzosamente en casa, por motivo de su desnudez, el alcantarillero fué á la calle de Atocha y miró á través de la reja de la pieza en donde se exponen los muertos desconocidos.

La que allí estaba era Mistris Mirtila.

Tenía puesto su inmenso sombrero, de una de cuyas bridas pendía una zanahoria, atada quizá por algún chusco. El semblante de la inglesa presentaba una mueca risueña, como si después de muerta se burlase de sí propia. Todo su traje estaba salpicado de barro, y en su pie derecho faltaba una de sus botas-chancas.

Al hacer la autopsia no se la encontró lesión exterior si se exceptúa un ligero arañazo junto á la nariz.

Había sido hallada tendida y muerta en la plazoleta que forma el final de la calle de Santa Isabel, y los médicos certificaron que había fallecido á consecuencia de una congestión cerebral.

Se pensó en destinarla á la sala de disecciones, pero el Tío Rata se opuso y la costeó un mínimo entierro en el cementerio no católico, por pertenecer la muerta á la iglesia anglicana.

Desde aquel funesto día los tres tipos prendados de Mistris Mirtila han vuelto á caer en el marasmo de la vegetación.

El Tío Rata apenas sale de la alcantarilla.

Alegría ha perdido en parte la suya, y bebe más, sin duda para honrar la memoria de la que amaba.

En cuanto al Pérdis de la media negra, ha abandonado por completo sus trabajos científicos y literarios y apenas puede digerir el rancho del cuartel de la Escolta Real.

Pronto habrá un cadáver más.

F. MORENO GODINO

MONÓLOGO DE UNA MOSCA

— ¡Qué injustos son los hombres! Tienen estereotipada la frase: ¡nos persiguen las moscas! Y las moscas deberíamos decir con más razón: ¡nos persiguen los hombres! Somos, según ellos, los insectos más insufribles, repugnantes y odiosos. Y nos calumnian, fundándose en el juicio de naturalistas, que nada tienen de naturales. Todo lo inficionamos, según los moscones que calumnian á las moscas. Y de aquí la inquina incesante y desapiadada, que motiva nuestra persecución. ¡Guerra á muerte á las moscas! dicen y hacen los hombres. ¡Guerra á muerte á los hombres! hemos de decir y hacer las moscas.

— Infectamos, inficionamos, emponzoñamos todo: estorbamos á los que se dedican á trabajos fuertes, y molestamos á los que se consagran á trabajos sedentarios...

¡Ingrata humanidad! No recuerdan que nuestras larvas, depositadas en las carnes muertas, en los animales putrefactos, son el desinfectante más precioso para la salud pública. Las moscas debieran formar parte del Consejo de Sanidad... con tanta razón como este buen doctor, en cuya casa me he aposentado, y que me trata con la saña que á un cliente. So pretexto de que me poso en su venerable calva, y de que mariposeo, ó mosqueo, en torno suyo, ha apelado á todos los ardidés inventados para «cazar moscas», digno oficio de un sabio. Y el ardid más sencillo y primitivo es el de darse fuertes palmadas mientras yo huyo y me río de él, zumbando en sus oídos...

— ¡Qué tontos son los sabios! Le he oído no sé cuántas disertaciones acerca de las moscas, que según él es un género de dípteros aterriceros con numerosísimas especies. Y otros doctores, tan doctos como él, le escuchan embobados cuando habla de moscas comunes ó domésticas, moscas azules, moscas meteóricas, moscas gigantes, moscas-abejas, moscas-arañas, moscas parásitas, moscas de perro, moscas de cuernos, moscas voladoras, moscas saltadoras, moscas vegetantes, moscas vibrantes, moscas de San Juan y moscas de San Marcos... Y, sin embargo, apelan al «mosquero», y al «espanta-moscas», y á las ramas de albahaca, y á los artefactos inventados en los *restaurants* para cazarlos, y á darse bofetadas, olvidando que «más moscas se cazan con miel, que con vinagre.» Yo me vengaré de sus malas pasadas y de su falsa erudición, demostrando que «no hay enemigo pequeño», y que no hay enemigo más grande que una mosca. Mi implacable enemigo morirá sin saber por «dónde viene la muerte», ó, lo que es lo mismo, sin saber «qué mosca le ha picado.»

— La ocasión es oportuna. Está escribiendo. La inspiración le abstrae, y así se cuida de las moscas que le pican como la luna de los perros que la ladran. Tengo en mis manos el veneno... Como que vengo del depósito de cadáveres, donde no se toma precaución alguna para im-

pedirnos la entrada. A los muertos «no les pican las moscas,» pero las moscas que pican á los muertos pueden matar á los vivos. Sigue escribiendo... Es un tratado acerca de las moscas. Yo te inspiraré y dictaré «la última palabra.» Entretanto, voy á hacerte una caricia en las narices... ¡Ea! escribe en paz. Ya que de moscas escribes, tú verás «la obra» de las moscas.

— Las infames moscas — oigo exclamar á mi sabio, dándose un papirotazo en las narices, — no me dejan en paz. Parece que conocen que escribo de ellas, y exacerban mi cólera. Pero sigamos escribiendo. — «El Oriente estuvo infestado de moscas desde la más remota antigüedad. En Egipto hubo una verdadera plaga, un río de moscas, según la frase gráfica de un erudito escritor. Para librarse de ellas, los egipcios se encomendaban á un «dios de las moscas,» á un dios tutelar que no fué otro que Belzébuth ó Belcebub, que probablemente se escribiría Baal-Zeboub, palabra que significa el dueño ó el señor de las moscas. La palabra mosca se deriva del sanscrito *másika*, corresponde al griego *muia*, al latín *musca*, y es una de las pocas palabras que conservan visible la forma primitiva en las lenguas modernas, privilegio lingüístico concedido á pocos nombres y que goza el de animal tan molesto y repugnante.»

— Ráscate las narices, sabio ilustre, sin saber «qué mosca te ha picado.» Yo seguiré inspirándote, que el viento de la inspiración puede ser el zumbido de una mosca. Dí, pues, que las moscas han gozado y gozan de otros privilegios, y que su nombre se ha aplicado en ciencias y artes y consagrado en frases que repiten los sabios del vulgo y el vulgo de los sabios. «Mosca,» en mecánica, es el engranaje que en algunas máquinas de vapor hace el oficio del paralelogramo de Watt; en medicina, un vejigatorio de cantáridas, que se llama «moscas de Milán;» en astronomía, una pequeña constelación situada encima de Aries, que Boyer y La Caille llamaban *Lis* ó *Flor de Lis*, y otra constelación austral, situada á los pies del Centauro, entre el Camaleón y la Cruz, que también se denomina *Apis* ó *Abeja*; en marina, un aviso pequeño que sirve para comunicarse los comandantes de una escuadra; en música, una cuerda que sirve de pedal; en esgrima, una especie de botón de piel para cubrir la punta del florete. «Moscas de invierno» se llaman, por metáfora, los copos de la nieve. «Matan las moscas á veinte pasos» los que tienen fetidez de aliento, que nombró varias veces Marco Aurelio. «Gastan mosca,» los que se dejan una especie de sobre-perilla en el labio inferior. «Hacen de una mosca un elefante,» los amigos de la exageración y de la hipérbole, los que aumentan y abultan las proporciones de las cosas. «Moscas» se llamaron en la antigua Roma los convidados importunos, los gorriones, los parásitos. «Moscas» se llama en la policía á ciertos agentes, lo que hace decir á Alfonso Karr que «la miel caza las moscas, y los miembros de una policía bien organizada deberían á su vez coger la miel. Y «patas de mosca» se llama la escritura menuda y mal formada como la que empleas para escribir ese tratado acerca de las moscas.

— Pero mi sabio sigue rascándose las narices. Aquel picor insólito principia á inquietarle, y se contempla en un espejo. Su nariz ha crecido más de prisa que su ciencia. Se aplica no sé qué tópico, y exclama con olímpica indiferencia: — ¡Estoy hecho un *Nasón!* Pero ¡no importa! La ciencia tiene remedios para todo... hasta para hacer



ELENA, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong

narices nuevas. ¿He de alarmarme por una pequeña inflamación?... Consignemos algunos datos de erudición, y mosqueemos al rededor de las moscas, ya que la inspiración me favorece. — Y escribe:

— Para mayor sarcasmo, el nombre de este insecto repugnante se ha empleado en la *toilette* de las mujeres más hermosas, sobre todo en otras lenguas. Es, ó ha debido ser, algo parecido á la moda de pintarse lunares, ó gazarlos artificiales. Parece que entre los persas y los árabes era signo de belleza el llevar manchas negras en el rostro. Parece también que en Europa se introdujo esa moda en tiempo de las Cruzadas. El ingenioso La Fontaine alude á esta moda en su fábula «La Mosca y la Hormiga,» y dice la seguía toda dama *allant en conquête*. Había nueve modos de «ponerse las moscas» y de ello hizo un verdadero arte Mme. Pompadour. — El «juego de la mosca» data del siglo xvii, y el jugador que reúne cinco cartas de un color «tiene la mosca.» D. José de Villaviciosa escribió, hacia 1613 ó 1615, *La Mosquera*, poema burlesco de unos 10.000 versos, comparable sólo á *La Gatomaquia*, de Lope de Vega, y que, por sus descripciones, combates y trama del poema, recuerda los de Homero, Ariosto y Tasso. — «Orden de la mosca» se llamó la decoración descubierta en 1859 en el alto Egipto, en el sepulcro de la madre del rey Ahmes, fundador de la XVIIIª dinastía, que consistía en un collar de oro macizo con tres moscas suspensas. — Y «orden de la mosca de miel,» ó sea de la abeja, fué la instituída en las bodas de Ana Luisa de Borbón con el duque de Maine, en 1703, cuya divisa, refiriéndose á la pequeña estatura de Ana Luisa, se tomó de la *Aminta* del Tasso: *Piccola si, ma fa piu gravi le ferite*; muy pequeña, pero hace las heridas muy grandes.

— Pero ¿qué es esto?... El sabio se interrumpe, se mira de nuevo al espejo, se alarma más y más, llama á sus criados, se aplica nuevos remedios y envía á buscar otros doctores. Su nariz sigue creciendo de un modo desconsolador. Adquiere las proporciones y los colores de una remolacha ó de una berenjena. Se sepulta en el lecho, porque el lecho en muchas enfermedades es la antesala del sepulcro. Y delira. Pero delira como deben delirar los sabios: con la ciencia. Verdad es que la ciencia casi siempre es un delirio. Oigámosle:

— La entomología lo dice. La mosca es un insecto díptero atericero, de cuerpo oblongo y casi cilíndrico, de cabeza globulosa, con dos ojos grandes de facetas y tres pequeños y lisos, con antenas en la frente compuestas de tres articulaciones, dos erizadas de pelos y otra más larga y prismática. Su cavidad bucal está provista de una trompa membranosa y retráctil y dos labios, tiene tentáculos filiformes, alas grandes y horizontales, patas largas terminadas en dos ganchos y cubiertas de grandes pelos, y abdomen que en las hembras termina en un oviducto un poco saliente. — Y el buen hombre sigue hablando de las larvas, que viven en la comida y en la putrefacción, y de las clases de moscas, de la doméstica, la de buey, la vitripenna, etc., etc.

— Los doctores acuden. Examinan ávidamente la nariz, pero con la lentitud propia de los más doctos doctores. La nariz sigue creciendo. Los doctores consultan y discuten. «Reunión de rabadanes»... enfermo muerto. ¡Qué pozos de ciencia, qué arcones de saber! ¡Qué multitud de nombres técnicos, y qué disertaciones tan científicas! Y, sobre todo, ¡qué diversidad de pareceres! Hay tantos como doctores. ¡Oh arcanos de la ciencia! Para todo tiene explicaciones. Cada cual atribuye la enfermedad á una causa diferente... Y entretanto el enfermo empeora, se agrava... y todos convienen en una sola cosa: en que se muere.

Si el zumbido de una mosca se pudiera «sentir» como sus picaduras, yo les diría con el mayor placer:

— Ilustres doctores: recordáis la fábula de La Fontaine, titulada: *La mosca y el coche*?... Pues algo parecido ha sucedido aquí. La mosca de La Fontaine picaba á los caballos, á la lanza del coche y al desesperado cochero, para acelerar la marcha del vehículo. Y, cuando llegaron al fin de su viaje, se permitió decir: — «Señores caballos, páguenme Vds. mi trabajo.» — Del mismo modo yo, que, como buena mosca, vivo de la putrefacción y de la muerte, he traído, con mis tentáculos filiformes, la corrupción y el veneno de un cadáver, y lo he inoculado... ¡en las narices de un sabio! Y, mientras os devanáis los sesos para saber el nombre de su enfermedad, el sabio agoniza, los doctores discuten y una mosca se ríe. Ahora yo puedo deciros: señores doctores, he matado á un doctor; páguenme Vds. mi trabajo. Una mosca les enseña una nueva enfermedad; y basta una mosca para confundir á muchos sabios. — ¡Hombres despiadados! hacéis guerra á las moscas, y olvidáis que «no hay enemigo pequeño.» ¡Doctores sapientísimos! escribís *de omne re scibile*, hasta de las moscas, y morís sin saber «qué mosca os ha picado.»

LUIS COLL

Madrid 30 de abril de 1889



UN DUELO Á ESPADA Y DAGA, cuadro de Juan Pettie (Exposición de Glasgow)

CRONICA CIENTIFICA

EL GRAFÓFONO DE M. CARLOS SUMNER TAINTER

El arte de registrar la palabra y de reproducirla á voluntad que hasta hace poco había sido considerado simplemente como una curiosidad científica sin ningún alcance práctico está en vísperas de transformar los procedimientos ordinarios de correspondencia rápida, tales como la taquigrafía y la máquina de escribir.

Gracias á recientes perfeccionamientos que la Exposición de París acaba de revelar á la vieja Europa, perfeccionamientos en parte debidos á Edison y en parte á Monsieur Carlos Sumner Tainter, el arte fonográfico se convierte en un sencillo procedimiento y el aparato de aplicación hácese accesible al mayor número, como ya lo son, aunque por títulos diferentes, los velocípedos, los aparatos de fotografía y la máquina de escribir.

Las modificaciones introducidas por Tainter en el fonógrafo de Edison hacen del grafófono un aparato original y nuevo que no tiene de común con aquél más que el objeto que se persigue y el principio general que ha inspirado á todos los inventores de aparatos similares, diferenciándose de él por haber sustituido el *estampado* en la hoja de metal por el *grabado* fonográfico y el recorte de la cera.

El aparato consta de cuatro partes: el sistema mecánico ó de impulsión del cilindro, el sistema registrador (*recorder*), el sistema repetidor (*reproducer*) y el sistema motor y regularizador de velocidad.

Consta el primer sistema de un eje horizontal con una polea que recibe el movimiento del motor por medio de una cuerda: dos pequeños botones colocados á la derecha del aparato permiten engranar ó desengranar á voluntad el mecanismo de impulsión. Los cilindros de inscripción son de cartón cubierto de cera, tienen 15 centímetros de longitud y 32 milímetros de diámetro, y giran con una velocidad angular normal de 180 á 190 vueltas por minuto. El avance de los sistemas reproductor é inscriptor sobre el cilindro es de 26 milímetros por minuto, de modo que el cilindro puede registrar mil palabras ó sea una conversación de cinco minutos: la huella del filete cortado por el inscriptor varía entre $\frac{1}{16}$ y $\frac{1}{8}$ de milímetro.

Un sistema de engranajes une el mecanismo de impulsión del cilindro á un tornillo horizontal calculado de manera que los aparatos de inscripción y de reproducción, que se sustituyen segun las fases del funcionamiento del aparato, avancen horizontalmente de izquierda á derecha con una velocidad de 26 milímetros por minuto.

El sistema registrador compóñese de una delgada lámina de mica con una planchita cortante que roza con el cilindro, en el cual traza, en estado normal, una espiral finísima recortando un rizo de cera de menor grueso que un cabello: en cambio cuando se habla delante del aparato las vibraciones de la placa hundén más ó me-

nos la punta del estilete, que entonces traza un cerco más ó menos accidentado pero casi imperceptible á simple vista.

El sistema reproductor es completamente distinto del registrador y constituye una feliz modificación que ha contribuido por mucho á hacer práctico el aparato. Sumner Tainter no ha pretendido reproducir la palabra en alta voz sino que ha procurado construir un aparato que la reproduzca débilmente, pero de una manera clara y que permita repetir muchas veces el fonograma sin deteriorar apenas la inscripción. A este efecto compóñese el sistema reproductor de un pequeño aparato en forma de ebonita cuyo extremo termina en una pequeña punta de acero articulada á modo de palanca, una de cuyas puntas se apoya en el cilindro y lleva un cordoncillo tirante que termina en el centro de un disco delgado de celulóidea de 18 á 20 milímetros de diámetro. La punta de acero al rozar con la superficie accidentada del cilindro transmite sus vibraciones al disco gracias al cordoncillo, y desde allí por medio de un tubo de cauchú á dos pequeñas bocinas que el oyente se fija en las orejas.

La figura 1 representa el aparato funcionando durante el período de inscripción y la figura 2 lo reproduce en el período de la reproducción.

Para el sistema motor se ha apelado, después de varias tentativas, á un sencillo pedal: la impulsión del cilindro se verifica por la mediación de dos discos de fricción

cubiertos de *leatheroidea* (sucedáneo del cuero) que permanecen en contacto hasta el momento en que la velocidad angular del aparato es suficiente: entonces un regulador de fuerza centrífuga separa el disco fijo en el árbol del motor á pedal del disco fijado en el eje que gobierna el fonógrafo por medio de una correa, á fin de amortiguar las vibraciones mecánicas que un engranaje elástico podría transmitir. Desde ese momento el eje del pedal gira en el vacío y no vuelve á mover el árbol del aparato hasta el momento en que la velocidad disminuye lo suficiente para que de nuevo se produzca el engranaje. De modo que basta que la velocidad angular del motor sea mayor que la del aparato para asegurar á éste una velocidad angular constante é independiente de la mayor ó menor regularidad del sistema motor.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el aparato de Tainter, susceptible de varias modificaciones gracias á las cuales se puede registrar una conversación entre dos personas, conservar una copia de las palabras registradas cuyo original haya de remitirse á otra persona, etc., etc.

Muchas son las aplicaciones del grafófono, sobre todo combinado este aparato con la máquina de escribir; las ventajas que gracias á su sencillez tiene, generalizará indudablemente su uso, con lo cual quedará desmentido el antiguo proverbio: *Verba volant, scripta manent*.

(Tomado de *La Nature*)

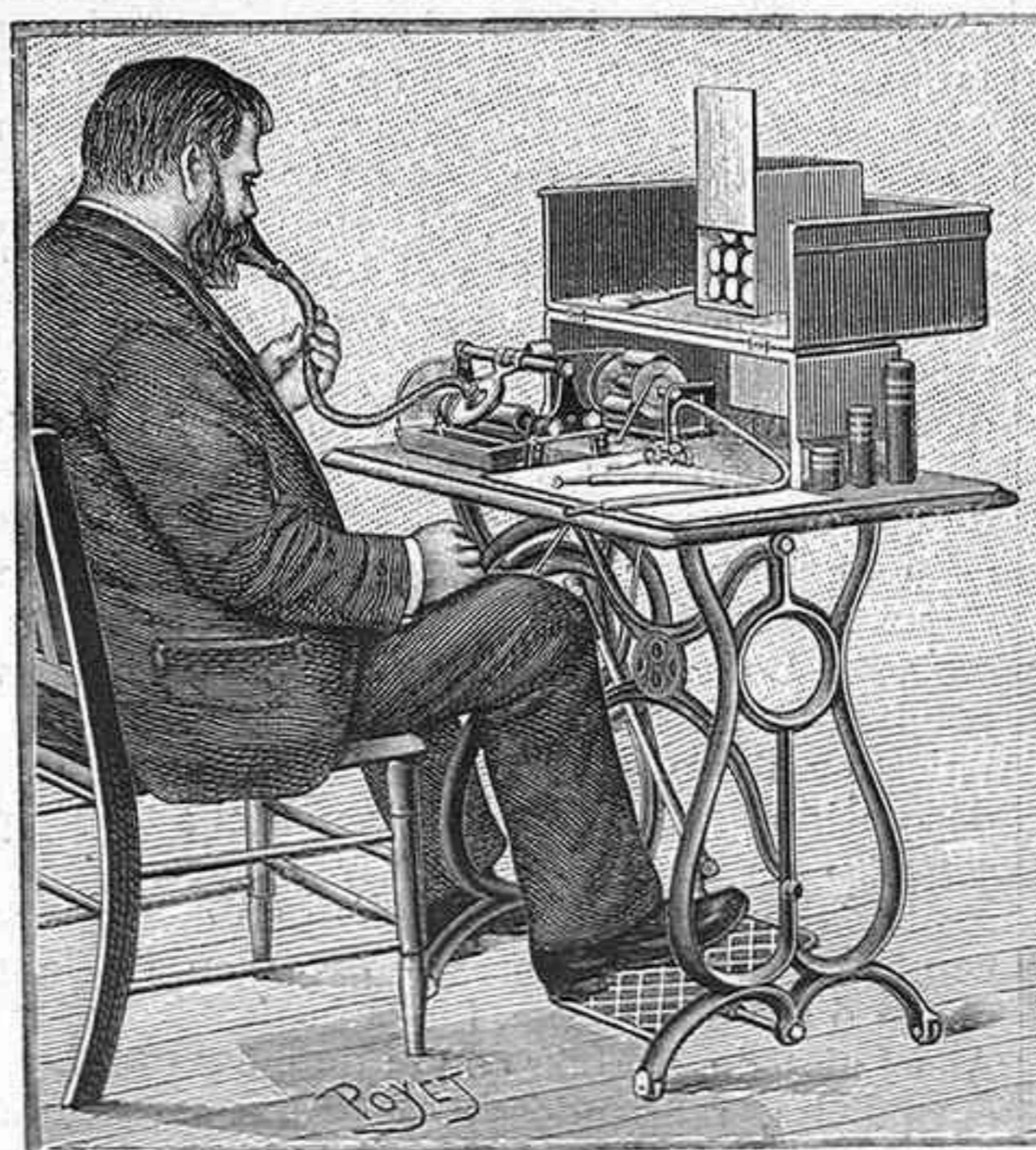


Fig. 1. - Grafófono (inscripción)

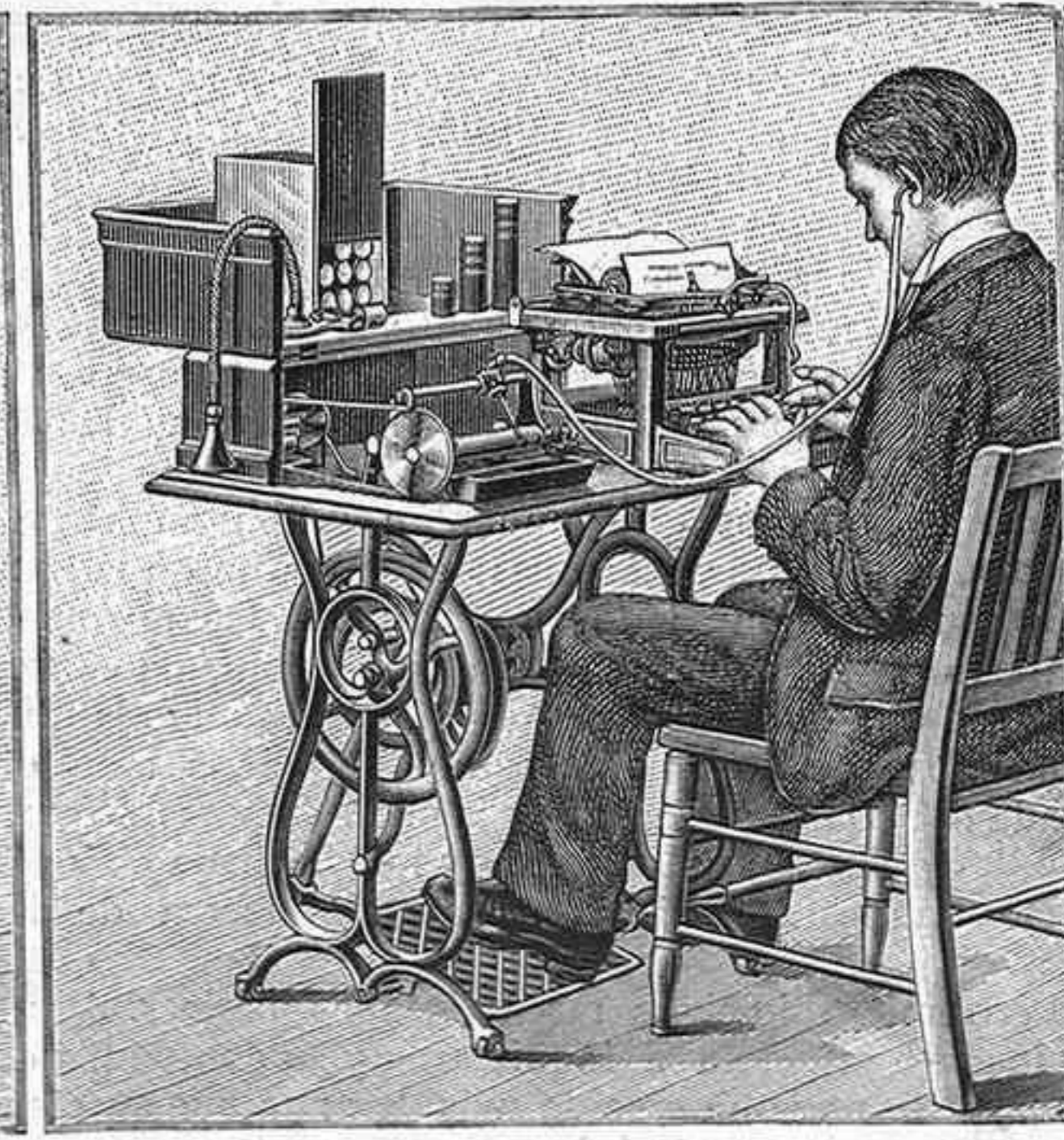


Fig. 2. - Grafófono (reproducción)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN